

# Tres banderas

Celia Mateos Román

El avión, con su enorme corpulencia, inició su carreteo (*sic*) por la pista auxiliar, para llegar a la de despegue y, una vez instalado en su cabecera, hizo rugir los motores, haciendo que todos los que estábamos a bordo nos rebulléramos (*sic*) en nuestros asientos, como presagiando el inmediato riesgo que implica el despegar. Luego el piloto soltó los frenos y la enorme bestia se precipitó hacia delante, hacia la oscuridad de la noche. Luego de elevarnos, comenzó lo que parecía un lento giro hacia la izquierda, para nivelar y buscar nuestra ruta y allí comenzamos a distendernos, y esbozar un inicio de conversación con nuestros circunstanciales compañeros de viaje.

Estábamos cambiando las primeras impresiones con mi compañera ocasional, cuando al mirar por la ventanilla para el exterior, volvimos a ver las luces que nos decían que aún no habíamos dejado la zona de Madrid.

En ese momento por el sistema de comunicación, el comandante nos informa que por problemas técnicos, estábamos sobrevolando la zona, y arrojando combustible, pues era necesario volver a aterrizar. Ni que decir que todos nos miramos con cara de preocupación y en algunos de franco miedo, pues no sabíamos en qué iba a terminar todo aquello, pero como nada podíamos hacer, optamos por tener los sentidos alertas (*sic*) y la respiración contenida, para aquietar el corazón en el pecho. Luego de un rato de dar vueltas, que ya se nos antojaba interminable, se vuelve a sentir el siseo de los parlantes y más tarde la voz del comandante, que nos dice que se habían solucionado los problemas, siendo la única novedad que tendríamos que reabastecernos de combustible en Brasil y luego seguiríamos viaje hasta el aeropuerto de Ezeiza en Argentina.

Al mirar por la ventanilla vimos las luces alejándose paulatinamente, luego la de los pequeños pueblitos y luego la oscuridad total, que nos preanun-

ciaba que estábamos dejando el territorio español, y entonces se me volvió a desgajar el alma, porque volví a ser inmigrante otra vez.

Vine en realidad para conocer España, mi patria de nacimiento y la sentí tan profunda dentro de mí y de mi espíritu, que nunca dejaré de agradecer a mis padres y abuela, que siempre me hayan hablado con tanto cariño de ella, y puedo asegurar que las palabras que dije cuando me pidió el señor cura de la iglesia de mi pueblo, al terminar la misa, que me dirigiera a todos los presentes, me brotaron de lo más profundo de mis sentimientos, donde finalicé diciendo: “que no importa donde viva un español, sea América o Japón, jamás pero jamás deja de ser español”.

Historia un poco curiosa la de mi familia. La saga comenzó de la manera siguiente: mi bisabuelo Juan Francisco López, natural de Navalanguilla, harto ya de pasar necesidades, decide venirse a Argentina, con su hija mayor Carmen, la que luego sería mi abuela, dejando a su esposa Julia, al cuidado de sus cuatro hijos restantes y haciendo la firme promesa de venir a buscarles, en cuanto pudiera reunir el dinero necesario.

Después del largo viaje marítimo, donde mi abuela sufrió los efectos del mareo, cosa muy natural, ya que esta robusta mujercita de dieciséis años, criada en la sierra, no estaba acostumbrada al bamboleo del buque, desembarcaron en América en el año 1911. En Buenos Aires los esperaba un matrimonio que tenía una casa que oficiaba de pensión, doña Antonia y su esposo, a los que mi bisabuelo y mi abuela venían recomendados por unos amigos mutuos.

Enseguida consiguieron trabajo en una fábrica de zapatos, creo que se llamaba Vasena, pero después de un tiempo, y por consejo médico, deciden tomar empleo en una estancia en Maquinchao, pues a mi abuela no le asentaba el encierro de la fábrica (*sic*). En esa estancia conservaban una especie de troncos dispuestos como un arco de fútbol, donde unos años atrás colgaban carne vacuna, para mantener tranquilos a los indios de la zona. Pasado un tiempo regresan a Buenos Aires, donde mi abuelo se empleó como alambrador ferroviario en el ramal que iba desde Buenos Aires hasta General Hacha, en la provincia de la Pampa.

Mi abuela se quedó trabajando en un restorán, que tenía un matrimonio castellano cerca del puerto, donde aprendió y resultó ser muy buena cocinera de pescados y mariscos, que ni siquiera había visto antes en toda su vida. Tanto cariño le tomó esta buena gente a mi abuela y que, como no tenían hijos, le pidieron a mi bisabuelo que las dejara con ellos, donde la nombrarían heredera de todos sus bienes, ya que la veían como la hija que siempre anhelaron. Mas el padre agradeció, pero rechazó el ofrecimiento, ya que la muchacha por entonces era muy joven, y no se atrevía a dejarla sola.

Como ya se había terminado el trabajo para el ferrocarril y mi bisabuelo había ahorrado bastante dinero, partieron ambos hacia la ciudad de Bahía

Blanca, ciudad del sur de la provincia de Buenos Aires, donde se habían radicado unos paisanos. Y allí entendieron que habían encontrado su ubicación definitiva. Mi bisabuelo alquiló una quinta, que estaba situada en lo que es hoy la terminación de la calle 12 de Octubre, y como era conocedor de los trabajos de la labrantía, pronto comenzó a vender los productos que cosechaba y los animales de granja que criaba, mientras que mi abuela se empleó como enfermera en el Hospital Municipal de esa ciudad, con el raro privilegio de trabajar solamente “once horas diarias”.

Las dos ocupaciones y el ahorro extremo, no permitiéndose nada que no fuese absolutamente necesario, les fue dando la posibilidad de juntar un capitalito.

La abuela ya había crecido en formas y espíritu y se puso de novia con un joven de un pueblo, que se llama Fuenterroble de Salvatierra, en la provincia de Salamanca. El joven en cuestión se llamaba Felipe Mateos, de natural muy alegre, dicharachero y cantaor (*sic*) de los buenos. Ese fue con el correr del tiempo, mi abuelo paterno, al que no conocí.

Mis abuelos Carmen y Felipe tuvieron un hijo, mi querido papá, el que fue creciendo y desarrollándose junto a sus amiguitos, jugando por los alrededores de la quinta, y haciendo las mil y una perrerías y desaguizados que hacen los chicos de su edad. Mi abuelo Felipe compró un coche de plaza<sup>1</sup> (*sic*) y mi abuela dejó de trabajar, para dedicarse de lleno a su esposo, su hijo, y ayudar a su padre en la quinta, pudiendo guardar bastante dinero con el trabajo en conjunto. Mi bisabuelo, fiel a su promesa, viajó a España para traer a la familia que allí había quedado. Mis tíos, Benedicta, Dionisio, Fernando y Félix.

Tan mal estaban las cosas en aquellos momentos en España que, como anécdota, siempre se contaba en la familia que Fernando, siendo pequeño, se había contratado en un campo para espigar, ya que otra cosa el pobre por su corta edad no podía hacer. Para que comenzara su trabajo la bisabuela Julia le había comprado unas alpargatas nuevas. Por supuesto, después de andar todo el día en el rastrojo, cuando terminó la temporada de cosecha, tenía las alpargatas destrozadas. Y cuando le llamaron para cobrar, lo que le dieron le alcanzó para comprar unas alpargatas igual a las que había destrozado trabajando, no sobrándole ni siquiera “una perrilla”.

Cuando pudo reunirse toda la familia en Bahía Blanca, fue una alegría inmensa y con la abundancia que aquí había, les pareció haber arribado al paraíso. Tenían y les sobraba de todo. Venían acostumbrados a traba-

<sup>1</sup> El matriculado y numerado con destino al servicio público por alquiler y que tiene un punto fijo de parada en plaza o calle (N.E.).

jar mucho y a mucha escasez, salvo cuando les empezó a llegar dinero que de aquí les remitían y siempre aguardando la oportunidad de venir a América.



En la primera foto, mi bisabuelo Juan, luego, mi abuela Carmen y mi papá, después, mi abuelo Felipe y, por último, mamá, papá y yo.

Dionisio, uno de los hermanos, comenzó a trabajar como mozo en un bar del centro de Bahía Blanca, y Fernando de canillita<sup>2</sup>. Félix, el más pequeño, tenía una salud muy débil y falleció joven.

<sup>2</sup> Vendedor callejero de periódicos (N.E.).

Con el trabajo en conjunto, ayudándose férreamente unos a otros y en pro del bien común, pudieron juntar un capitalito respetable y entre todos alquilaron un campo, cercano a Bahía Blanca, lindante con un camino, que aún hoy tiene el pintoresco nombre de La Carrindanga. Mi abuelo Felipe había vendido su coche de plaza, ya que en aquellos momentos comenzaron a surgir los automóviles y el coche de plaza empezó a entrar en desuso y entonces comenzó con reparto de leche a domicilio; pero cuando mi padre tenía doce años, mis abuelos tomaron una decisión que marcaría a fuego su futuro (*sic*).

Comenzó a padecer mi abuelo, lo que los gallegos llaman “morriña”, ó los portugueses “saudade” y todo se volvía argumentar de que el niño, por mi padre, se criaría mejor en España, que allí todo era más sano, más familiar y, por supuesto, mas divertido; a lo que mi abuela, muy débilmente se opuso, ya que después de tantos años de estar alejada de su familia tendría que volver a alejarse de ellos, pero fue tanta la insistencia, aunada al hecho que otro matrimonio muy amigo de ellos, del mismo pueblo, también había decidido volverse, que al final accedió. Vendieron en Bahía todo lo que pudieron vender, y lo que no, lo dejaron en la casa de su padre, para que lo repartiese, cuando los hermanos fueran formando su hogar, y se marcharon a la España, tantas veces añorada.

Al llegar al pueblo pronto se acomodaron, ya que estaban acostumbrados a la vida española, puesto que eran naturales de allí, una vida tan distinta a la que aquí se vivía por aquella época y pronto mi padre se hizo de amigos (*sic*) en el pueblo, donde disfrutaba de lo lindo. Eso sí, con un mote, que pronto le endilgaron (*sic*).

Sucedió que en Argentina, todos los escolares, por lo menos los de las ciudades importantes, tenían la obligación de vestir delantal blanco para su asistencia al colegio, y de esa forma estar todos uniformados. Mi abuela, no tuvo mejor ocurrencia que ponérselo allí también, haciéndole ganarse el mote de “el Blanquito”. Y así fue corriendo la vida. Mi padre transformándose en un mocetón de un metro ochenta, al que le gustaba incursionar por los campos, donde iba a cazar liebres, conejos y perdices, las que luego se consumían en el hogar.

Ni siquiera un lobo, al que acechó durante dos días, se libró de sus perdigones, trayéndolo muerto al pueblo ante el regocijo de sus vecinos, ya que el animal estaba haciendo incursiones entre las haciendas de la gente del lugar. Trabajaba con su padre en las tierras que compraron cuando llegaron de Argentina y fue asimilándose a la sociedad pueblerina de Fuenterroble, de tal forma que no se distinguía en él ningún modismo ni costumbre, que no fuese la de su pueblo de adopción.

Como Fuenterroble era y es un pueblo pequeño, todo el mundo se conocía, así que entre los bailes de la plaza y las representaciones fomentadas por

el señor cura, se fueron estrechando vínculos y creando relaciones, y como siempre pasa en la juventud, se puso de novio con la que luego, con el tiempo, sería mi madre.

Mi padre era argentino, pero de lo que sí estoy segura es que se sentía muy feliz en España, verdaderamente disfrutaba en su país de adopción, asimilándose de tal forma a los usos y costumbres de la tierra, que era uno más entre todos los jóvenes del pueblo.

Como ya dije antes, el monte de Tonda lo tuvo entre sus más conspicuos visitantes, en esas madrugadas frías de invierno, frías como sólo saben serlo las madrugadas en esa zona, cuando los jóvenes iban a “espera”; a aguardar que amaneciese y comenzara a salir la caza. Siempre contaba que en una ocasión, cuando ya era cerca del mediodía y comenzaban a retirarse del monte, vieron esconderse un “bastardo” en el tronco hueco de un árbol que había sido derribado por los golpes del hacha. Los bastardos son como una especie de culebra bastante grande en su pleno desarrollo, que tienen pelos duros en el lomo y una porra en la cola, con la que asestan golpes poderosos. Eran varios los mozos de la partida y armados como estaban con las escopetas de caza, tomaron la decisión de cazarle. Comenzaron a meter por el hueco donde vieron que había entrado el animal algunas varas que por allí había, pero lo único que lograron fue enfurecerlo, mas no hacerle salir. Entonces optaron por prender fuego al tronco y así obligarle a que saliera y así lo hicieron, tomando luego posición estratégica, para que en el momento que estuviera afuera, matarle de una perdigonada de las escopetas. Y así fue, el animal salió corrido por el fuego y el humo y de un escopetazo le mataron. El bicho era de un tamaño bastante importante, así que decidieron llevarle al pueblo para que lo vieran. Uno de la partida cargó con él y se encaminaron de vuelta a Fuenterroble entre bromas y chanzas, como hacen todos los mozos en todas las partes del mundo cuando se reúnen. El que llevaba el bastardo, cansado ya de llevarlo en la mano porque su peso era considerable, se lo enrolló en el cuello, para caminar más cómodo. Pero lo que no tuvo en cuenta, que por reacción natural, en esos animales después de muertos, los nervios se siguen contrayendo y, así pasó, de tal forma que se comenzó a ceñir en el cuello del mozo dificultándole la respiración y cuando quisieron aperebirse los demás del problema, el pobre estaba pasando un muy serio apuro. Enseguida que lo vieron comenzaron a tirar uno de cada punta para aliviar la tensión que ya se estaba haciendo insoportable, pero como se había dado una vuelta al cuello con el animal se aflojaba las partes de la que ellos tiraban, pero el anillo del centro por respuesta lógica cada vez se contraía más. La salvación fueron las navajas, que siempre las portaban por ser herramientas útiles para el trabajo de campo y para salir de caza, de modo que tuvieron que cortar al bastardo en

trozos y de esa manera salvaron al pobre desgraciado que pasó por uno de los peores momentos de su vida.

Las tertulias que organizaba el señor cura eran motivo de alegría y jolgorio para las mozas y mozos del pueblo, ya que los reunía a todos y daban rienda suelta a su espíritu, siendo ellos los pseudos actores (*sic*) que actuaban en las comedias, generalmente, clásicos populares de la época. Esto daba lugar al conocimiento más íntimo de los jóvenes y que comenzaran a aflorar los primeros amoríos, completamente inocentes ya que de niños casi se trataba.

Eran otros lugares, otras épocas y otras costumbres. Hoy la cosa es diametralmente opuesta. En ese lugar no sólo se elaboraba la obra que se iba a representar ante todos los vecinos del pueblo, sino que servía como lugar de esparcimiento para todos aquellos futuros actores y la ocasión era propicia para la broma y la chacota. Como que eran jóvenes las equivocaciones en las que naturalmente incurrían servían para divertirse y pasarlo bien y, a veces, bien hay que reconocerlo, cuando alguien del elenco incurría en muchas equivocaciones y zurcíos, (*sic*) más vale que argumentando cualquier urgencia, desapareciera, o se emplearían en él<sup>3</sup>.



1925. Mis bisabuelos, mi abuela, sus cuatro hermanos y mi papá, de seis años, en el centro.

<sup>3</sup> Se refiere a que harían burla o risas de él (N.E.).

A mi padre siempre le interesó la mecánica, tenía una predisposición especial para ella y su idea fue siempre que al terminar el colegio obligatorio, que por aquel entonces correspondía cumplimentar, ingresar en un colegio técnico para especializarse en la materia. El progreso venía marcando cambios en toda Europa y ya en lugares más tecnificados estaban comenzando a reemplazar la tracción a sangre: bueyes, mulos y burros, por vehículos a explosión, con mayor poder de fuerza y de trabajo.

Pero, y todo tiene un pero en la vida de los mortales, y aunque parezca una palabra tan cortita, esconde generalmente acontecimientos tan importantes que a veces ese “pero” es capaz de conmover los cimientos de una nación y la vida presente y futura de todos sus ciudadanos. Sí, ese pero fue la Guerra Civil. Y lo que parecía que terminaría pronto no fue así. Ese acontecimiento marcó en forma indeleble su actualidad y su futuro, ya que por falta de brazos debió ayudar al abuelo Felipe en las faenas rurales, teniendo que postergar sus intenciones de comenzar en un colegio técnico.

Continuó y continuó y de pronto mi padre se encontró con dieciocho añitos y una cédula de llamada para incorporarse a filas. Se había promulgado una ley que decía que “todo hijo de español era considerado español” y debía prestar servicio. Estuvo en varios frentes de batalla durante trece meses y fue herido tres veces, dos de ellas de consideración. Contaba que en un avance, cuando corrían en pos de las trincheras enemigas, sintió un golpe en el hueso de la pantorrilla derecha, como si hubiese tropezado con una rama. Era sobre la madrugada, entre dos luces, nada se veía, todo era correr, correr y rogar que una bala no le alcanzara. Pero de pronto las piernas no le sostuvieron y cayó pesadamente de bruces, nublándosele la visión. Cuando le recogieron los camilleros estaba pálido por la cantidad de sangre que había perdido, teniendo que cortar la bota con una navaja para llegar hasta la herida y curarle. Llegar al hospital de campaña fue un verdadero triunfo. Recostado en la parte de atrás de un camión, compartiéndolo con otros heridos, algunos más graves que otros, escuchando los gritos de angustia de los que ya intuían su triste final, pidiéndole clemencia a Dios o a la Virgen, pero la mayoría de ellos, diciendo: “ay, madre mía”.

Una vez curado y rehabilitado lo reintegraron a filas y durante un tiempo tuvo la suerte de que no le pasara nada. La suerte es así, a veces nos muestra su cara sonriente y disfrutamos de ella y otras nos es tan esquiva que la muy puerca ni siquiera se atreve a mirarnos a la cara. Y fue en ocasión de otro ataque en que una bala o esquirla o lo que fuese pegó en la hebilla de su cinturón, produciéndole una herida no muy penetrante en la boca del estómago, dejándole un hematoma de proporciones. Afortunadamente la hebilla le salvó la vida. Aunque siempre sospechamos que esa tremenda cantidad de sangre que produjo el golpe, fue la causante de su muerte por cáncer de estómago a la temprana edad de cincuenta y cuatro años.



Y la tercera vez que le hirieron, y que fue la más dura, fue en una trinchera en el frente. Mi padre era un lector apasionado, no desaprovechaba la oportunidad para leer todo lo que cayera en sus manos. Como no estaba de servicio, había cavado en la trinchera una especie de nicho y se había recostado a leer, cuando de pronto un silbido agudo se fue haciendo más penetrante y amenazador, haciéndole encogerse en su improvisado refugio y luego el mundo estalló y no supo más nada. Cuando despertó en el hospital de campaña la gente se movía a su alrededor, pero él estaba como en una cabina acústica, ningún sonido reflejaba la realidad que estaba viviendo, estaban afectados los tímpanos. Estúpidamente había olvidado morder un palito, para que este le mantuviera la boca abierta y no sufrir la convulsión. Pero el vendaje que cubría su cuello. ¿Qué había sucedido? ¿Alguien podría explicárselo? Se armó de paciencia y esperó, ya llegarían las explicaciones y llegaron. Cuando fue recobrando la audición y el dolor de cuello y garganta se hizo más soportable, le informaron de lo acontecido: una munición de mortero impactó en el borde de la trinchera, y algunas esquirlas penetraron la precaria defensa. Unas de esas esquirlas impactó en su garganta, teniendo la suerte que ninguna de ellas afectó órgano noble alguno, penetrando por la parte de atrás del cuello entre la laringe y los huesos de la columna vertebral. Se libró porque ese era su destino. Durante muchos años, cuando se afeitaba, la navaja tropezaba con pequeñas esquirlas que afloraban, como recordándole la circunstancia por la que había pasado.

Entre tanto, mi abuelo Felipe enfermó por la angustia que le causó el hecho de pensar que había llevado a su hijo a que le mataran en España y tanto fue su dolor y desasosiego que, a pesar de su fortaleza, se derrumbó y falleció. La vida y el sufrimiento lo aplastaron.

Mi padre fue dado de baja como hijo único de madre viuda y así volvió al pueblo donde, con su madre, trataron de pasar aquellos duros momentos, angustiados por la pérdida del progenitor, basamento de la familia, padre y esposo cariñoso al extremo, y las circunstancias de la época que les tocó vivir, como a todos los españoles de entonces, épocas de estrecheces y apuros económicos.

Pero el tiempo es la panacea de todos los males y todo lo que se observa a la distancia tiende a minimizarse, cuando no a olvidarse, ya que la mente tiene tantos recursos para permitirnos seguir con nuestra vida y todo vuelve. La vida, como un tiovivo, nos invita a montarnos en ella y todo se vuelve a repetir, engañándonos, haciéndonos creer que avanzamos, pero no siempre es así. Sólo damos vueltas, deslumbrados por sus luces y embotados por su música estridente. Si tuviésemos la tranquila capacidad de mirar hacia atrás, nos daríamos cuenta que todo vuelve a repetirse, con diferencias por supuesto, nada es lo mismo exactamente, pero en definitiva todo es igual.

El pueblo, la gente, los comentarios, las alegrías y las tristezas, todo estaba igual que cuando llevaron a los de su quinta; nada había cambiado, salvo el espíritu, el alma de los que tuvieron la suerte de volver con vida. Sus ojos de muchachitos inocentes y con la luz de la juventud pugnando a salir por ellos, traían un velo de tristeza y amargura por todo lo pasado, por ver morir a sus amigos, por todas las desgracias y desventuras pasadas, por ver la grandeza o las mayores bajezas de las que somos capaces los humanos en circunstancias extremas. Dios no debiera permitir eso.

Pero sucede que todos los actos de los hombres tienen principio y fin, y la Guerra terminó. De la secuela que a causa de ella cada uno de los españoles arrastraron, cada uno llevará cuenta de la misma, y su mente será el reservorio donde estarán anclados todos los recuerdos. Toda España comenzó a recomponer, como mejor podía, su vida.

Mi abuela y mi padre recibían constantemente correspondencia de Argentina, instándoles a que volvieran para estar todos juntos otra vez. Pero había un inconveniente. Mi padre, a pesar de haber recibido la baja del ejército según la ley de entonces, aún permanecía “bajo bandera”, de modo que ni pensar en regresar, ya que no podía salir de España.

La vida en el pueblo seguía como siempre: mi padre seguía de novio con mi madre y al cumplir la mayoría de edad decidieron casarse, y así lo hicieron. El noviazgo que iniciaron siendo aún unos niños, como las frutas del árbol, cuajó y formaron una familia. Y fruto de ese matrimonio nací yo, la que realmente fui criada entre algodones, por ser primera hija y primera nieta de toda mi familia española. Solamente tenía por aquel entonces un primo, Julio, hijo de una hermana de mi madre, hoy maestro en Jerez de la Frontera<sup>4</sup>, con el que me peleaba a muerte, pero con el que jugábamos siempre.

Pero mi padre ya tenía la idea de venirnos a Argentina, así que vendió todas las tierras que tenían en Fuenterroble y algunas fincas de Navalanguilla que había heredado mi abuela, y nos afincamos en Salamanca, en una casa que compraron en la calle Perú número 19, a la espera de poder marcharnos.

Papá, por intermedio de un amigo, consiguió empleo en la Sociedad de Cazadores de Salamanca y así fueron pasando los días hasta que tuvimos la oportunidad tan largamente anhelada de poder embarcar con destino a América. Esa oportunidad se la brindó a mi padre el cónsul argentino de El Ferrol<sup>5</sup>, que le hizo llegar los papeles que decían que era ciudadano argentino con pleno derecho a viajar a su patria.

<sup>4</sup> Provincia de Cádiz (N.E.).

<sup>5</sup> Ciudad de la provincia de La Coruña, Galicia (N.E.).

El viaje en barco fue como todos los viajes por mar en algunos momentos quietud, donde el mar parece una balsa de aceite y otras un bamboleo que descompone al más marinerero, pero todo tiene su fin: después de atracar en Santos (Brasil) llegamos al puerto de Buenos Aires. La llegada fue de una alegría inmensa, estaba mi bisabuelo y todos mis tíos, mi bisabuela Julia ya había fallecido, mi madre un poco desconcertada por el aluvión de gente y yo que no paraba de llorar, ya que no entendía porque tanta gente abrazaba a mi familia y reía y lloraba al mismo tiempo.

Luego el largo trayecto en tren a Bahía Blanca, doce horas machacantes, donde en la estación nos esperaba el resto de la familia y todo el barrio de Bella Vista, lugar donde habían vivido mis abuelos cuando se casaron y donde dejaron muchos y muy buenos amigos. Ese barrio, en el que vive mi hermano en la actualidad con su familia, está poblado por gran cantidad de españoles o sus descendientes, como que le llamaban “España chica”. Nos fuimos a vivir a la casa de mi abuelo Juan Francisco, en la calle Martín Fierro, muy cerquita del centro y en repetidas reuniones que tuvo mi padre con el abuelo y los tíos tomaron una decisión: reunirían el dinero de todos y con él comprarían un campo, no lejos de la ciudad, para trabajar la tierra y a la vez realizar una explotación tambera<sup>6</sup>, ya que los tíos tenían importantes repartos de leche. Así llegaría directamente la leche de nuestro tambo<sup>7</sup> al consumidor, elevando por consiguiente las ganancias, ya que no existiría intermediario.

Tuvieron la suerte de encontrar un campo en venta a cuarenta kilómetros de Bahía Blanca de ochocientos dieciséis hectáreas y, con el dinero reunido más una hipoteca, lo compraron. Le pusieron como nombre “La Julia”, en honor a mi bisabuela y allí en ese hermoso lugar me crié. A los dos años justos de llegar a Bahía nació mi único hermano, Felipe, y dos años después nos fuimos a vivir a “La Julia”.

Cuando fuimos a vivir al campo tuve que pasar por un período de adaptación, ya que de estar viviendo en Bahía Blanca, la ciudad más grande del sur argentino, pasar a vivir en el campo no fue nada fácil. Máxime que mis primeros grados de la escuela primaria los cursé en la ciudad. Acostumbrarme a la escuela de campo fue no diría difícil, sino incómodo. La ventaja que tenía era que la escuela rural estaba enclavada frente a nuestro establecimiento y a muy corta distancia de nuestra casa.

<sup>6</sup> Lechera (N.E.).

<sup>7</sup> Establecimiento ganadero en que se ordeñan vacas y se vende su leche (N.E.).



Foto sup. mis hijas y yo en mi casa. Abajo, mi esposo, mi hermano y yo.

La casa realmente era espléndida, muy grande, antiguo casco de estancia<sup>8</sup>, cuando la extensión de campo era mucho mayor y a mí con lo pequeña que era me parecía aún más enorme. Hace unos años la visitamos con mis

<sup>8</sup> m. Arg. y Ur. Espacio ocupado por las edificaciones centrales de una estancia (finca rural) (N.E.).

hijas; ellas nacieron allí y pudimos comprobar que sus actuales dueños la conservan tal cual la dejamos nosotros. Viví en esa casa de los siete a los veintiocho años.

Mi vida de niña transcurrió feliz, repartiendo mi tiempo entre la escuela, jugar con mis primos (hijos de los tíos de mi padre) y hacer las tareas escolares, supervisada por la maestra, que paraba durante la semana en nuestra casa, pues a pesar de que la escuela tenía dependencias habilitadas perfectamente para habitarse, a ella le daba miedo quedarse sola en medio de la nada.

Nuestra mayor diversión era cabalgar y, después de un corto tiempo de aprendizaje, nos hicimos expertos jinetes y junto con mis primos recorríamos el campo incansablemente, aprendiendo a conocer todos sus recovecos, de tal forma que si nos hubieran vendado los ojos, podríamos haber reconocido dónde estábamos, simplemente con tocar los palos de los alambrados que dividían los potreros<sup>9</sup>.

El cuadro, donde estaba el monte de piquillín, árbol achaparrado, con espinas punzantes que servían de refugio a los zorros, que acechaban la majada de ovejas para robar sus crías y poblado de nidos de aves de rapiña. La única oportunidad de atrapar los zorros, plaga bastante molesta, y que perjudicaba enormemente, era ponerles trampas en los lindes del monte, cosa de la que se ocupaba mi padre, que en esas lides se había transformado en un experto. Entonces, a la mañana siguiente de poner las trampas, todos los chicos acompañábamos a papá, para ver cuantos zorros habíamos atrapado. El “cuadro quemado”, el “cuadro de las víboras”, el “cuadro del monte de eucaliptos”, con una gran cantidad de esta especie, con troncos donde tres hombres a su alrededor no los hubieran podido abrazar, fueron testigos de nuestras correrías y nuestra sana diversión. Las yerras<sup>10</sup>, cuando se castraba, señalaba y marcaba la hacienda, tanto lanar como vacuna, servía para reunir a toda la familia, y los vecinos, que acudían, tanto para echar una mano, como para pasar el día en grata compañía. Allí los varones demostraban su destreza en el lazo y la rapidez en el derribe, para poder trabajar a los vacunos, que sin duda oponían férrea resistencia, ya que intuían lo que se les venía encima.

Corderos al asador y costillares de vaquillona a la parrilla nos esperaban al mediodía, para reponer fuerzas y, una vez terminada la tarea, la rueda de

<sup>9</sup> Área delimitada, colonizada por plantas o pastos naturales, donde el ganado se alimenta (N.E.).

<sup>10</sup> Se refiere, tanto al acto de poner herraduras al ganado, como de marcarlo con un hierro candente (N.E.).

mate con pastelitos y empanadas completaban la tenida<sup>11</sup> gastronómica, regadas con buenos caldos.

Allí fui creciendo junto a todos mis primos y, cuando quise darme cuenta, me había transformado en una señorita con todas las de la ley, la que al cumplir mis quince años mis padres me los festejaron con una fiesta fabulosa en un salón de Bahía Blanca, donde se reunieron más de cien personas entre parientes y amigos<sup>12</sup>. Y así fue pasando el tiempo, con el ajetreo normal de las muchachas de mi edad, reuniones, cine, bailes, fiestas, en fin, todo lo que una joven de dieciséis años desea.

Entonces sucedió algo que dio un sesgo a mi vida, por supuesto que para bien: lindando con nuestro campo había unas pistas de aterrizaje que pertenecían a la aviación naval. Eran utilizadas por los oficiales pilotos para sus prácticas de aterrizaje y decolaje<sup>13</sup> fuera del ejido<sup>14</sup> de la base naval. En ellas instruían a los noveles pilotos que ingresaban con esa especialidad. Ese predio estaba custodiado por dos soldados que permanecían acantonados en el lugar durante un tiempo, hasta que eran relevados, luego de un período de aproximadamente de seis meses. Y allí, procedente de la ciudad de Rosario, le tocó cumplir una parte de su servicio al hombre más buen mozo que he conocido en mi vida, un hijo y nieto de andaluces, el que luego de un año y medio de noviazgo se convirtió en mi esposo, hace ya más de cuarenta y cinco años. Padre de mis dos hijas, Diana y Claudia y abuelo de mis cinco nietos, Larisa, Leonardo, Cecilia, Cynthia y Facundo.

Nos casamos jovencísimos. Elio, que así se llama mi marido, tenía veintidós años y a mí me faltaban tres meses para cumplir los dieciocho. A los diez meses nació nuestra primera hija, Diana y, cuatro años después nació nuestra segunda hija, Claudia. Cuando nos casamos Elio se quedó a trabajar con mi papá, debido a que la sociedad con mis tíos se había terminado por la razón de que los hijos de todos se fueron haciéndose grandes y cada uno tenía sus aspiraciones e inquietudes, a veces contrapuestas a las de los demás, así que optaron por hacer edificar otra casa con sus galpones<sup>15</sup>, silos, molinos, etc. y dividieron la propiedad. Aprovechábamos los días feriados que el campo estaba cerca del mar y de la sierra y allá nos íbamos toda la familia y algunos amigos.

<sup>11</sup> m. Amér. Reunión (N.E.).

<sup>12</sup> “Fiesta de Quince” es una tradición en América Latina, supone el paso de niña a mujer (N.E.).

<sup>13</sup> m. Amér. Despegue de un avión (N.E.).

<sup>14</sup> Terreno rural cuya propiedad es cedida por el Gobierno a un colectivo o institución (N.E.).

<sup>15</sup> m. Amér. Cobertizo grande con paredes o sin ellas (N.E.).



Fotografía tomada en Fuenterroble, en 2005, cuando estuve en España.

Monte Hermoso es el balneario, y playa más grande del sur argentino, con una corriente de aguas cálidas que hace muy agradable bañarse en ellas, a pesar de que es mar abierto. Tiene solamente un inconveniente: cuando sopla el viento norte no se puede entrar al agua, pues ellas se pueblan de medusas, aquí le llaman “aguas vivas” y, aunque no son muy grandes, al adherirse al cuerpo de una persona un tentáculo de las mismas, los pequeños arponcillos que poseen se adhieren a la piel, dejando una herida muy dolorosa, tal pareciera que quien la sufre le hubieran quemado con un hierro al rojo la zona afectada. Así que, cuando soplabla el viento del norte, nos íbamos a la sierra, que tiene el nombre de Sierra de la Ventana, llamada así porque en la cúspide del cerro más alto se ve claramente como la naturaleza caprichosa formó, con el correr de los tiempos una ventana. De la sierra baja un río bastante caudaloso, que en la actualidad lo han represado y es el que abastece de agua a Bahía Blanca, pero en aquél entonces corría libremente y pasaba muy cerca del campo, por lo tanto, cuando no queríamos viajar los ciento treinta kilómetros que habían de distancia, tanto al mar, como a la sierra, nos íbamos a pasar el día allí, donde nos bañábamos y pescábamos. La pesca era bastante variada: bagres, truchas y unos peces que llamaban dientudos que, una vez limpios, resultaban exquisitos pasarlos por harina y comerlos fritos.

Con mi esposo, en ese entonces, teníamos una camioneta y él se encargaba de cargar todos los enseres necesarios para que tuviésemos un buen pasar

junto al río. Hielo para las bebidas, sartén para freír la pesca, harina, etc. La abuela era la que primero criticaba, pero luego la primera que se ponía en la fila para comer el pescado recién frito a la orilla del río, que aunque parezca mentira parecía que tenía un gustito especial. Eso lo hacíamos por la tardecita, ya que a mediodía el costillar asado campaba por su respeto.

En el año 1964, cuando mi hermano cumplió veinte años, mis padres, junto con él, viajaron a España en un crucero que partió del puerto de Bahía Blanca. Al viajar en barco aprovecharon la oportunidad de llevarse su auto, eso les facilitó el poder recorrer toda España, en compañía de una hermana de mi madre, su esposo y mi prima, que vivían en Salamanca, reencontrándose con toda la familia de mi madre y los amigos del pueblo. Disfrutaron muchísimo y este viaje fue como una despedida de España, pues mi papá al poco tiempo enfermó y a la temprana edad de cincuenta y cuatro años falleció de una penosa enfermedad.

Y así fue transcurriendo nuestra vida, hasta que llegó la triste noticia de que mi suegro había fallecido de improviso de un ataque al corazón, quedando mi suegra y una hermana, ya mayor de mi esposo, solas. Mi suegra, también con problemas de corazón, a la que tuvieron que colocarle un marcapasos, uno de los primeros implantes que se hacían en Argentina, requería una atención muy personal, así que optamos por trasladarnos a Rosario, dejando en La Julia veintiún años de mi vida y mi corazón.

Llegamos a Rosario con algunos ahorros y nuestra juventud por delante, Elio con treinta y tres años y yo con veintisiete. Mi marido consiguió trabajo en una empresa de origen alemán, acreditada en aquel tiempo como una de las veinticinco empresas más grandes del país, con sucursales en varias ciudades importantes del interior. Al poco tiempo lo ascendieron a supervisor y luego a gerente de la sucursal, donde estuvo trabajando seis años, hasta que decidió emanciparse y poner un negocio, del mismo rubro<sup>16</sup>, donde comercializaba algunos de los productos de la anteriormente mencionada empresa, con muy buenos resultados, por cierto. Así criamos a nuestras hijas, mi hija mayor Diana terminó la escuela secundaria y se matriculó en la Universidad, de donde egresó<sup>17</sup> como Licenciada en Comunicación Social; y la menor, Claudia, después de terminar su secundario, comenzó sus estudios en la especialidad de seguros, y también se matriculó.

Yo estuve bastante tiempo desempeñándome como ama de casa, hasta que decidimos con mi esposo vender el negocio, pues eran tiempos muy duros

<sup>16</sup> Ámbito, sector, conjunto de empresas o negocios que se engloban en un área diferenciada dentro de la actividad económica (N.E.).

<sup>17</sup> Acabar un ciclo de estudios en un centro docente (N.E.).



para ese rubro, con el agregado que tuvo un problema de salud, por lo tanto solicitó la jubilación anticipada y luego de veinticinco años de comerciantes, nos encontramos como ciudadanos de a pie. Esperando que me llegara la edad de jubilarme pusimos una perfumería, la que me ocupé de regentar; pero corrían muy malos tiempos en Argentina, los secuestros y los robos estaban a la orden del día, los saqueos a los supermercados se sucedían de continuo, y ya, aunque parezca mentira, nada nos causaba asombro. Nuestra capacidad de asombrarnos estaba superada. Y una siempre piensa, “a mí no me va a pasar”, pero me pasó. Un domingo por la mañana estábamos con mi marido recién levantados, cuando unos vecinos de la perfumería nos vinieron a avisar que nos habían robado. Pasados los primeros instantes de estupor y luego de rabia, la aceptación cruda y clara del hecho, de tal suerte que optamos por rearmarla lo mejor que pudimos y malvenderla, ya que quedó arrasada.

De allí en más (*sic*), nos quedamos tranquilos en nuestro hogar, haciendo la vida que hacen la mayoría de los jubilados: salidas con los amigos, actividades en el Centro Español y, el eterno trabajo que cumplen la gente de nuestra edad, la colaboración en la crianza de nuestros nietos. Luego de dos viajes que hizo mi prima Teresa a Argentina, donde la pasamos muy a gusto con ella, rememorando cosas de la familia, del pueblo y de nuestro pasado común, reverdeció en mí el deseo de conocer mi tierra, deseo largamente acariciado, pero no cumplido y la oportunidad se me presentó por una gestión desde España que hizo mi prima ante la Casa de Salamanca de Buenos Aires.

Luego de completar todos los requisitos exigidos, gentilmente fui incorporada al contingente de veintitrés personas que realizamos el viaje denominado *Operación Añoranza 2005*.

La alegría indescriptible que recibí no se puede expresar con palabras, son emociones tan fuertes que en muchas de las fotografías que traje estoy llorando. Todo fue hermoso, la llegada a Madrid, luego el viaje a Salamanca, donde me estaban esperando mis primas Teresa y Antonia, las recepciones que nos hicieron, las excursiones, los presentes, el cariño con el que fui recibida. Pero para mí lo más emotivo fue conocer mi pueblo, Fuentesrobledo. Mi prima Teresa conserva la casa de mis abuelos, casi igual que cuando ellos la habitaban, hasta con los mismos muebles.

Así que cuando estuve allí dormí en el cuarto donde vine al mundo, me senté en las sillas bajitas de la cocina y a la misma mesa donde mi madre con mis abuelos y mis tíos comían, y realmente no lo podía creer. Subí al “sobrao”<sup>18</sup>, como allí le dicen, y al que (*sic*) tantas veces me lo había des-

<sup>18</sup> Parte más alta de la casa, inmediatamente debajo del tejado, que suele destinarse a guardar objetos en desuso (N.E.).

crito mi madre, que cuando lo vi, era como si toda mi vida hubiera vivido allí. La casa de mi padre, donde vivimos hasta que nos fuimos a Salamanca, estaba muy remodelada y como yo era tan pequeña cuando nos marchamos, no guardaba recuerdos de ella. Recorrimos todo el pueblo, la iglesia, donde luego de la misa, el señor cura me presentó a todos los allí reunidos. Fue muy emocionante.

En el pueblo tengo dos primos más, Flora y Pablo, que junto a Antonia que vive en San Morales, son hijos de una hermana de mi madre. Todos ellos me recibieron en sus casas y me brindaron todo el aprecio y cariño que uno pudiera desear. Y así fueron pasando los días entre alegrías, recuerdos, paseos y viajes por toda la zona de Castilla de la que me llevo recuerdos imborrables.

Puedo decir que he conocido mucho, la mente no alcanza a retener todos los lugares visitados, todos y cada uno de los acontecimientos y situaciones vividas, los bellos paisajes de la tierra, pero lo que ha quedado indeleble en mi recuerdo es mi pueblo: pequeño, humilde, generoso, la calidad de su gente, su nobleza y su sentimiento, tantas veces puesto de manifiesto hacia mí.

Ensimismada en mis pensamientos y recuerdos no me doy cuenta del tiempo transcurrido y cuando miro por la ventanilla del avión ya es de día y sobrevolamos el majestuoso Río de la Plata, al que Juan Díaz de Solís lo bautizara como Mar Dulce. Pronto aterrizaremos en Ezeiza y así de esa forma pondré fin a mi segunda inmigración. Titulé este escrito "Tres Banderas", una por la bandera de mi patria, España, otra por la bandera de mi terruño, Castilla, y la tercera por la bandera de mi patria de adopción, Argentina.